RESTAURACION.

No dejó de emitir cierto brillo esta época de nuestra vida política en que la libertad, tanto tiempo comprimida por la mano de un déspota, levantó la cabeza, y despertóse la Francia al oir acentos desconocidos; época en que volvió á resonar la elocuencia de la tribuna, al rededor de la cual acudian todos los intereses, pasiones y esperanzas, para disputarse la posesion de lo presente y dominacion del porvenir.

El Imperio, abatido en su gefe, vivia aun en la memoria de los antiguos soldados, y, como es necesaria á la Francia una pasion, la libertad habia sucedido á la gloria. Los emigrados se acordaban de Luis XV, los militares pensaban en Napoleon, los jóvenes admiraban la Revolucion, y el pueblo inundaba anhelante el foro, pues en aquel entonces era algo un diputado, y mucho un orador.

En el dia oimos hablar la misma lengua, el presidente se sienta en su mismo sillon dorado, las mismas cariátides sostienen las mismas tribunas; pero el pueblo no afluye á las escaleras y atrio del santuario, desengañado en lo concerniente á los oráculos del gobierno representativo. Así frio es el tiempo, la noche se acerca, el sol se oculta bajo el horizonte, y su escasa luz no basta al mundo.

Tres escuelas políticas se disputaban el terreno de la Restauracion: la escuela inglesa, la escuela legitimista y la escuela liberal.

M. de Serre brillaba como el orador de la escuela inglesa, cuyo filósofo era M. Royer-Collard; ambos reconocian por principio la soberanía de la razon; por medio la gerarquía de los poderes, por fin la monarquía parlamentaria.

En la misma escuela distinguiánse: Camilo Jordan, que empapaba en lágrimas su palabra; Pasquier, cuya argumentacion fluida

escapaba al análisis y refutacion; Saint-Aulaire, que soltaba sus frases con la gracia negligente y presuntuosa de un gran señor; Courvoisier, el mas dispuesto é inagotable hablador, si no hubiese existido Thiers; Siméon, profundo jurisconsulto; Keratry, de palabra indigesta; Decazes, ministro elegante y de hermoso aspecto, á cuya fraseología no faltaba donaire y flexibilidad; que, hostigado y arrastrado por las exigencias del momento, por los caprichos y miedo de la corte, por el flujo y reflujo de mil enemigos, se abandonaba con facilidad á todas las corrientes; así refrenó la libertad de la prensa y suspendió las reacciones del terror, y, dominando al monarca y á la Francia, mezcló los servicios y faltas de un político á las flaquezas de un cortesano; Lainé, hombre de Estado, vaporoso, melancólico, pensativo, cuya voz producia los vagos sonidos del arpa de Osian; carácter indeciso, mano trémula y floja que no supo tener las riendas del poder, pero orador grave, dotado de una palabra cadente y compasada, que tuvo mas de una vez arranques de la verdadera elocuencia del corazon, y, lleno de compasion por los proscritos, abrazó por ellos con llantos y súplicas, los altares de la misericordia; enfin Beugnot, el hombre mas sutil y ladino de toda la Francia, despues de M. de Semonville, que lo era menos que Talleyrand.

La escuela legitimista se dividia en dos partidos:

El uno se componia de hombres ardientes, queriendo precipitarlo todo; ó bien de hombres apacibles, devotos á Dios en el cielo y al rey en la tierra.

El otro se componia de hombres no menos creyentes, pero modificados por el ejercicio del poder, y adictos á la Carta, como una necesidad imperiosa que los dominaba á ellos y al mismo monarca.

Al frente de la primera falange brillaba M. de La Bourdonaie, que propuso las famosas categorías de los proscritos, y mandó expulsar á Manuel; contra-revolucionario lleno de tenacidad, á la manera de los antiguos convencionales, subyugado por la razon de estado, mas imperioso que hábil, y cuyo lenguage no dejaba de ser elevado y vigoroso.

M. de Lalot, cuya fulminante alocucion acabó con el ministerio de Richelieu, cuyo estilo centellaba de imágenes, y rebosaba de vehemencia y colorido.

M. Dudon, tan profundamente versado en el estudio de la legislacion administrativa, cuya elevada frente no se doblaba bajo objecion alguna, y recibia impávido, y á quema ropa la metralla de la Oposicion con la flema de un Inglés.

M. de Castelbajac, que se agitaba en su banco con una vivacidad meridional, movia estrepitosamente los piés y las manos, prorumpia en exclamaciones, é interrumpia á los oradores incrédulos á la fe monárquica.

M. de Bonald, orador algo confuso, filósofo religioso, y seguramente uno de los mayores escritores de nuestra época.

M. de Salaberry, caluroso realista, orador lleno de fuego y brio, que marchaba al encuentro de los liberales con la pistola en la mano, y descargaba sobre ellos en la tribuna las frenéticas imprecaciones de su cólera.

M. de Marcellus, para quien la monarquía no era un principio sino una divinidad, y prosternábase ante su ídolo con el fervor ingénuo de un caballero ó un peregrino.

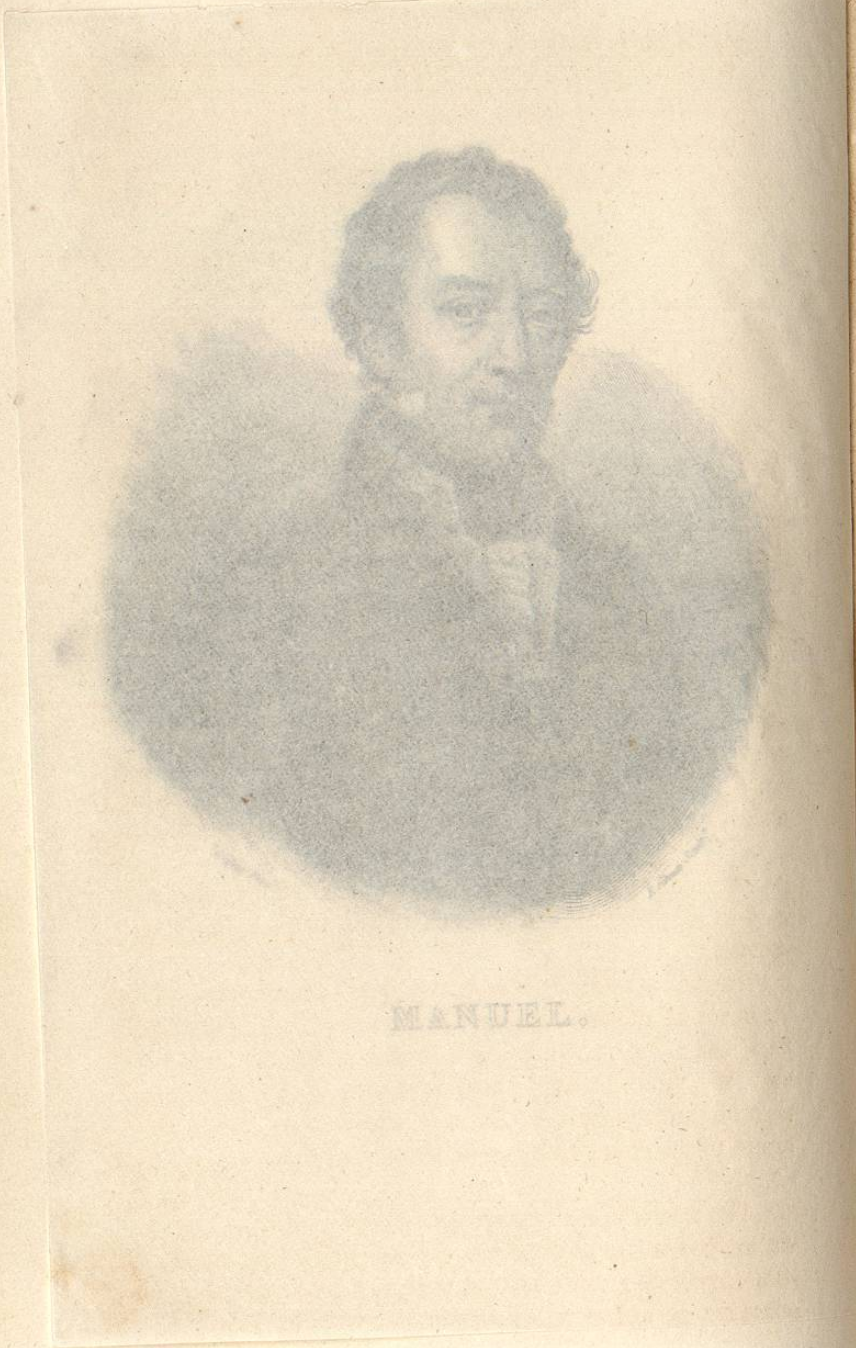
Al frente de la segunda falange brillaba M. de Villèle.

En torno de este famoso ministro, agrupados veianse diversos oradores de un mérito diferente: M. de Corbière, uno de los mas sabios jurisconsultos de una provincia en que todos lo son, escudriñador de antigüedades literarias, dialéctico mordaz, que ponía alas á sus flechas para que volasen con mas rapidez al pecho de sus adversarios; M. de Berbis, hábil explorador de presupuestos, espíritu lucido, conciencia recta; M. de Peyronnet, notable por las vibraciones de su voz, la ingeniosa maña de su dialéctica, el vigor de su argumentacion y la pompa florida de su lenguaje; M. de Martignac, orador melodioso á quien la palabra era como á Tulou (1) la flauta; Josse de Beauvoir y Cornet-d'Incourt, tiradores con armas ligeras, destacados á los flancos de la falange ministerial, para empeñar el combate y apuntar á la cabeza de los gefes; Pardessus, inteligencia llena de claridad, orador diserto, jurisconsulto profundo; Ravez, célebre en el foro girondino, por la gravedad de su presencia y la bella sonoridad de su voz, uno de esos hombres que atraen irresistiblemente la atencion de sus oyentes; poderoso por su lógica, docto en sus exposiciones, dueño de sus pasiones y de las agenas, y que, si no hubiese sido presidente de la Cámara, hubiera como orador, dominado el lado derecho.

(1) Miembro del Conservatorio y de la orquesta de la Opera nacional. Tulou pasa por el mejor flautista de la época, poseyendo en sumo grado el don tan fácil aunque tan raro de la embocadura, que á tan pocos otorga la naturaleza. (N. del T.)

La escuela liberal fue una escuela beligerante : de Serre entró el primero en campaña, y despues de haber disparado algunos tiros y agotado su cartuchera, se atrincheró detrás de las alturas del poder. Manuel mandaba el cuerpo de reserva de la Oposicion, y el general Foy la vanguardia. Benjamin Constant atacaba la censura, Laffitte el presupuesto, Bignon la diplomacía, y d'Argenson lanzaba al aire, y á vuelo perdido, los primeros cohetes del radicalismo; Casimiro Perier, impelido fuera de las filas por su natural fogosidad, provocaba el ministerio á combate singular; Corcelles, Estanislao Girardin y Chauvelin agitábanse al rededor de sus bancos y, aun cuando huian, asestaban á los ministros flechas mortales, resultando de tal sistema de guerra, que, despues de un combate de discursos se trabó una batalla en las calles la cual acabó con la monarquía.

MANUEL.



MANUEL.

MANUEL.

El Imperio francés giraba en torno de Napoleon como la rueda al rededor de su eje. Solo el emperador dirigia sus ejércitos en el campo de batalla; él solo en el fondo de su gabinete anudaba ó rompia las ligas y tratados; él solo expedia sus órdenes á los prefectos del interior; él solo disertaba de política en los periódicos censurados; él solo hablaba por el órgano de sus comisarios en las asambleas mudas del Cuerpo legislativo y del Senado. De modo que se puede decir que en todo el Imperio no habia otro general, otro diplomático, otro administrador, otro publicista, otro orador que Napoleon.

Así cuando volvió á verse libre la tribuna, y abierto el palenque de la elocuencia, los oradores se avanzaron contiento en la carrera parlamentaria, como hombres no acostumbrados á hablar, y sus movimientos sin soltura, y sus discursos vulgares, proclamaban su poca familiaridad con la vida parlamentaria. Entonces apareció Manuel.

Era este de una estatura elevada, un rostro pálido y melancólico, un acento provenzal pero sonoro, y admirable sencillez de costumbres.

Descubria Manuel las dificultades, mas no las resolvia, circulando con admirable destreza al rededor de cada proposicion que interrogaba, palpaba y en cierto modo sondeaba para ver lo que contenia, y dando cuenta á la Asamblea sin omision y sin énfasis, sin prorumpir en gritos y ademanes desordenados, como esos retóricos apoplécticos cubiertos de sudor y jadeando, cuyos pulmones entumecidos amenazan continuamente vomitar olas de sangre. Manuel era un hombre de razon superior, natural y sin artificio, dueño siempre de sí mismo, diserto y espontáneo en su lenguaje, ducho en el arte de exponer, resumir y concluir: calidades preciosas que sedujeron á la Cámara de representantes.